



LAS TRES PUERTAS

CAPÍTULO 1

Cuando alquilé esta casa, nunca hubiera imaginado el cambio tan radical que llevaría a mi vida.

Todo ya era significativo, la facilidad en que la encontré, el precio, casi irrisorio teniendo en cuenta la situación privilegiada donde estaba situada; la "casualidad" que hiciera sólo una semana que los antiguos inquilinos la dejaron de corrido; en fin, toda una serie de circunstancias que hacían, al menos, sospechosa "tanta

casualidad ", como dicen los mortales normales. Pero claro, yo no soy ni mucho menos una mortal" normal ", según muchos

Vilablareix, era, y es un pueblo, medianamente pequeño. Con esto quiero decir, que a pesar de ser pequeño, es muy completo.

Situado junto a Girona, tiene Vida propia, y sus gentes, mucha personalidad. Pero también y sobre todo, es un pueblecito muy tranquilo; hay quien dice que es un pueblo "dormitorio". Pero yo lo veo más como un pueblo tranquilo. En fin, justo lo que había ido "imaginando" mucho tiempo, desde que oí "la llamada" a marchar de la gran ciudad, en busca de un año sabático, de un espacio mío, a solas, donde pudiera reencontrar esa paz interior, que hacía mucho había perdido del todo.

Desde la primera noche que dormí en mi "nueva casa", ya me di cuenta que "nada" sería como había previsto.

Desde que entré por la puerta, me cautivó el corazón, una energía difícil de describir; una sensación de familiaridad, no exenta de una inquietud encantadora, que repentinamente mordisqueaba mi estómago, por otra parte, bastante trastornado últimamente.

Nada era corriente, dentro de aquella casa.

El silencio, detrás de aquellas paredes de piedra, que como mínimo volteaban más allá del siglo de existencia, era tal, que cortaba la respiración y llenaba los oídos de un sonido indescriptible; de un sonido sin ruido, de una música muda y sin tono.

La frescura de las paredes, se mezclaba con una brisa cálida que envolvía mis sentidos, sin que pudiera definir si sentía frío, calor, o no sentía nada; O quizás es que lo sentía todo.

La casa era muy grande y estaba situada en medio de un inmenso terreno lleno de árboles frutales, flores de todos los colores y tamaños, que hacían de aquel lugar un pequeño paraíso. El rumor del agua de un pequeño arroyo que pasaba justo por detrás la casa, le daba todavía a este lugar una mayor sensación de familiaridad, de soledad, de paz, pero también de una inquietante energía que cada vez más sentía y cada vez más desquiciaba mi mareado estómago.

Situada a las afueras del pueblo, mi nueva casa, quedaba escondida, entre flores, arbustos, cerezos, melocotoneros, albaricoqueros y todo tipo de fauna vegetal, visible e invisible, que le daba un aire romántico, y transportaba un aroma dulce y embriagador al mismo tiempo.

Desde la puerta de entrada a la casa, hasta la reja que daba paso a la calle, era tan exuberante la vegetación de todo tipo, que no dejaba ver nada que pudiera pasar en el exterior de la propiedad; sin embargo tampoco nadie de fuera, podía saber lo que estaba pasando más allá de la puerta enrejada. Sólo un camino, donde apenas cabían mis pies, estaba libre de vegetación y hacía de conexión entre la casa y el exterior de la propiedad.

También las paredes de piedra de la casa, estaban bien repletas de enredaderas y hojas.

Más tarde, entendí el porque nunca nadie supo nada de lo que pasaba realmente, de lo que se podía vivir, de las experiencias tan mágicas, que sucedían dentro de los muros de aquella fantástica mansión.

Era imposible saber, que allí dentro, se desplegaba todo un mundo, muy diferente de lo que había fuera, y que el tiempo se desvanecía como si nunca hubiera existido, y como si todo estuviera sucediendo al mismo tiempo. La intimidad de aquel lugar, era el escenario perfecto, para que toda la magia del universo se pudiera desplegar.

Supe más tarde, que los últimos inquilinos, los que se habían ido a toda prisa, realmente no llegaron a entender nada de lo que pasaba dentro casa. Y seguramente no fueron los primeros en huir de allí. Ni seguramente, ahora que ya no tiene razón de ser, que yo misma me quede aquí más tiempo, los nuevos bienvenidos, sufrirán la misma suerte, si no abren los ojos y el corazón, a la nueva realidad, escondida dentro de las paredes de la casa mágica.

Los primeros días fueron de tal trasiego, que bastante trabajo tenía, en parar para comer de vez en cuando.

Por la noche, el cansancio me invadía de forma acaparadora, y mi cuerpo agotado caía en la cama estrepitosamente, cuando le daba el permiso de tumbarse hasta el día siguiente.

CAPÍTULO 2

Al cabo de unos días, sin embargo, empecé a sentir que todo estaba un poco en orden. Al menos en el sentido de lo que yo calificaba el orden. Toda la ropa, los papeles, los pocos recuerdos que había llevado a mi nueva casa, estaban ya en su lugar. Pude pues, relajarme un poco y empezar a disfrutar del exterior de aquellas paredes, que durante días habían sido testigos de mi traslado.

Tomar el solcito de la primavera, que aún no quemada, percibir los olores de los frutales que comenzaban a parir sus deliciosas creaciones, perderme en los colores trepidantes y vivos de las flores que se abrían aquí y allá, sin permiso, y en silencio total, pero sin pausa ni descanso; y de fondo, sentir el rumor del agua del arroyo que se desplazaba con elegancia, sin estridencia, como con cierta melancolía, con una pulcritud maravillosa, con una fluidez constante, milimetrada y sabia.

La tarde del quinto día de mi estancia en la casa, fui a visitar el arroyo que de día y de noche, llenaba mi silencio, con su ligera melodía. Allí, en medio de verdes, amarillos, rojos y lilas, el agua transparente, se movía, como si una inteligencia superior y encantadora, guiara cada gota, por el lugar exacto donde debía pasar.

Fluía, con una suavidad dulce, sin embargo y al mismo tiempo, sentía la fuerza de convicción que tenía el arroyo, de no dejar que ningún obstáculo, frenase su camino. Después de tanto tiempo sintiendo que tantos obstáculos frenaban mi existencia, ser consciente de que el agua que bajaba por el arroyo, no se detenía nunca, por muchas piedras, ramas, rocas que encontrara por el camino, abrió en mi interior una rendija de luz, incipiente, tenue, pero con la suficiente insistencia, para empezar a entrever que quizá durante toda mi vida había dejado que demasiadas interferencias exteriores y / o interiores desviaran el rumbo que yo tenía claramente definido de cómo conseguir manifestar mis sueños.

Los miedos, a muchas cosas y / o personas; a sus reacciones, a mis capacidades, a mi fortaleza, a ser valorada, incluida en el clan, en la sociedad, a ser aceptada

Piedras, piedras, piedras De repente, un sentimiento de tristeza profunda embargaba mi ser; una tristeza por mí misma, por lo que no había hecho, lo que no me había permitido ser, ni hacer, ni disfrutar, ni decidir; una melancolía que me sumergía en unas aguas cristalinas que ahogaban mi corazón en forma de unas lágrimas infinitamente viejas en el tiempo y acumuladas dentro de mí, y que ahora se fundían en las transparentes gotas que corrían libres, sin freno y con total libertad arroyo abajo.

Y de pronto la vi; una mariposa de un azul encantador, reluciente, brillante!

Surgió del silencio y volaba por encima de las lágrimas que corrían ahora con fuerza, más allá de mi jardín.

Parecía como si con su vuelo, con el aleteo de sus preciosas alas azuladas, me hablara de esperanza, de liberación, de soltar, de libertad!

No sé en qué momento el corazón dejó de latir en mi pecho; no sé si fue sólo un instante o durante largos minutos; pero yo sentía como si hubiera dejado de existir, que se detuvo el tiempo y en el espacio que me rodeaba, sólo era posible la imagen de aquella fantástica criatura mágica, en forma de

mariposa / mujer, semitransparente, volátil y de una energía profundamente amorosa, que miraba intensamente mis ojos, y me hacía sentir como si fuera yo misma la que llevaba unas inmensas alas de color azul transparente, dispuesta a volar por sobre el jardín, hacia el infinito, con la sabiduría de que podía ir donde quisiera sin que nada ni nadie pusiera fin a mi viaje!

Durante un largo e intenso instante, me dejé llevar por la mirada de la mariposa / mujer, por sus palabras sin voz, que en el silencio me hablaba de transformación, de cambios profundos, de realidades no descubiertas ni vividas, de miedos que se desvanecían, de cadenas deshechas y de mundos por descubrir y conquistar!

Y después nada

Todo desapareció como si nunca hubiera existido ni la mariposa, ni su mirada, ni el encanto del momento.

Me quedé sentada a la orilla del arroyo durante horas, creo, hasta que la oscuridad del atardecer comenzó a sacar la nariz, y el frescor que avisaba de que la noche estaba cerca, empezaba a adormecer mi piel medio desnuda.

Sólo el sonido del agua rompía el silencio y volvía mi conciencia a la realidad de mi jardín. Pero yo sabía que algo había sucedido allí.

No era un sueño, ya que estaba bien despierta! Había oído y visto, cosas que ahora era incapaz de razonar; y mucho menos de intentar expresar en voz alta.

Me levanté del suelo con la fuerte impresión de que aquello, lo que fuera que hubiera pasado hacía unos instantes, sólo era el comienzo de algo muy grande que estaba

surgiendo, brotando, de mi interior. Esa noche fue larga. Sueños sin pies ni cabeza, imágenes y paisajes desconocidos para mí; viajes, personajes, escenas, una tras otra descabelladas. Me despertaba de repente y me volvía a dormir; una y otra vez; y así hasta el amanecer.

CAPÍTULO 3

Me levanté por la mañana con un cansancio inusual, como si en lugar de levantarme de la cama, viniera de una expedición a la Antártida de 10 días sin descanso.

Un ligero desayuno, ya que mi débil estómago volvía a dar síntomas de estar dando la vuelta, me colocó algo, en la realidad del lugar en el que estaban mis pies.

Fue después de dejar la cocina un poco en orden, cuando recordé que el primer día de llegar a la casa, vi, explorando un poco con prisa, que en lo alto de la misma, donde llamaríamos desván de una casa chalet, había visto tres puertas cerradas y que en ese momento, sólo me dió por pensar, durante un instante, si lo estarían con llave o no.

Y empecé a subir la escalera que me tendría que llevar a descubrir qué había detrás de las puertas de la parte de arriba de la casa.

De nuevo sentí aquella sensación que había tenido la tarde anterior junto al arroyo, antes de que apareciera la mariposa azul; como si una energía de colores envolviera mi cuerpo, y todo a mi alrededor se transformara en otro espacio o se situara fuera del tiempo.

En el rellano donde se encontraban las puertas, la energía se sentía con mucha más intensidad, el aire tenía un aroma como si cientos de flores recién cortadas estuvieran colocadas todas alrededor de mis pies, y una iridiscencia que no sé de dónde salía, cubría totalmente las paredes, las puertas, el techo, el suelo, y a mí misma, convirtiendo todo el espacio en un reflejo violeta que le daba un aire de irrealidad total.

Era tal la respetuosidad que me embarga en aquellos instantes, que no sabía si acercarme a las puertas o volver a bajar escaleras abajo a una velocidad suicida. Pero al mismo tiempo crecía dentro de mí una certeza y una curiosidad que hacían que mis pies se sumergieran más profundamente en el suelo de ladrillo, con olor a flores y mis ojos viajaran de un pomo al otro sin saber a qué puerta acercarme primero.

Al final, al cabo de unos instantes que parecieron infinitos, mi mano derecha se dirigió hacia el pomo de la puerta que se encontraba en medio de las tres, y lo giró. Seguramente el latido de mi corazón se detuvo en seco; seguramente volvió a latir al cabo de un rato; seguramente mis pies se movieron unos pasos adelante hasta situarme en medio de la situación más surrealista que nunca me hubiera imaginado, pero nada de todo esto lo hice de forma consciente. Es como si una fuerza embriagadora actuara en mi lugar. Como si me hubieran desplazado hacia un lado de mi cuerpo y restara de observadora de todo lo que mi persona estaba experimentando.

El mundo entero es desplegaba dentro de aquella pequeña, redonda y fría habitación; Océanos y mares de un azul intenso y profundidades infinitas, ballenas y delfines, todo tipo de aves, reptiles, mamíferos y salvajes felinos; cimas de un blanco cegador, coronando montañas, que rodeaban valles de infinitas formas, colores y aromas, y donde extensiones de vegetales, árboles centenarios y flores de aromas

indescriptibles se extendían a la luz y al calor del sol que todo gobernaba desde el techo de aquella extraña estancia, del piso de arriba de la casa; de la puerta del medio.

Pusiera donde pusiera la mirada, otro espectáculo se desplegaba ante mis ojos incrédulos.

Las imágenes iban y venían en constante movimiento, adelantándose unas para sobreponerse a las otras, y así, como si el Universo entero hubiera conspirado para que no me perdiera ningún detalle de su creación en el Planeta Azul.

Sentía como si todo tuviera sentido, todo estuviera en su lugar correcto, todo tuviera una explicación, nada fuera donde no tenía que estar o ser.

El sentido del tiempo había dejado de existir, pero allí dentro, incluso eso estaba bien cronometrado. Todo el ritmo de la creación era perfecto.

Supe, sin saber, sin entender, y sin explicaciones, que todo aquello me hablaba del origen de los tiempos, de la perfección de todo lo creado, de la sencillez en la que toda la naturaleza se movía, convergía, se complementaba; supe que estaba en el pasado; en mi pasado.

Yo era el océano donde nadaban los delfines y las ballenas, y los valles por donde corrían los caballos, y las cumbres por donde volaban las águilas doradas; pero también era los delfines y las ballenas, los caballos y las águilas.

No sólo me sentía parte de Todo, sino que sentía que yo era Todo.

Y supe que todo estaba bien. Que todo lo que estaba ahora viendo con los ojos y sintiendo en el corazón había

formado siempre parte de mí, era el que corría por mis venas en constante y rítmico movimiento: mi ADN.

Y que todo lo que ahora me decía mi pasado fue el origen de lo que en estos momentos pasaba en la mi vida: mi presente.

Y que mi presente era consecuencia de cómo había aprovechado todo lo que el Universo había puesto a mi alcance y como yo había movido las fichas del juego de la Vida.

Y entendí que todas las fichas forman parte del mismo juego, y que el juego lo jugamos todos, y que de nosotros es la responsabilidad de nuestra parte del tablero y de cómo colocamos y usamos nuestra estrategia para conseguir un mejor resultado para todos.

Y recordé que en origen todo es perfecto, por qué perfecta es la Naturaleza, el Universo, las Estrellas, el Sol, los Planetas, la Luz y el Sonido.

Y supe entonces, que yo también era perfecta en mí misma; surgida mi esencia de la energía de el Universo, mi perfección era indiscutible, y mi participación en la creación también.

La forma en que yo había desarrollado mi juego, era mi responsabilidad. Pero también formaba parte del juego de recordar esta verdad.

Ahora ya sabía que esa puerta me había llevado a recordar lo que soy, y mi compromiso con el ser que soy, de participar en el juego, sabiendo que mías son las fichas, y que los otros son jugadores, que como yo, están re-descubriendo el mismo juego.

A través de la puerta de nuestro pasado.

No sé cómo salí de aquella habitación ni cómo se cerró la puerta detrás de mí.

Pero de repente allí estaba, mirando en estado hipnótico aquella puerta, sin saber qué había pasado exactamente.

Poco a poco iba saliendo de mi sonambulismo, para ir tomando conciencia de la experiencia tan mágica que acababa de vivir. Sabía que aquello, a pesar de ser irreal, era el mundo más real que nunca hubiera imaginado.

Sabía, no sé cómo, con una certeza interior absoluta, que si ahora volvía a abrir la puerta, allí dentro el escenario sería totalmente diferente de lo que había visto hacía sólo unos instantes. Y sabía que toda esta historia sólo empezaba a sacar la nariz.

Así pues, no sin algo de temblor en la mano derecha, la volví a extender y de nuevo giré el pomo de la misma puerta, la del medio.

Efectivamente, tal como había imaginado, la puerta abierta daba a una sala cuadrada, totalmente vacía, con las paredes con un papel muy antiguo, pasado de moda, y más bien sucio, y ni un solo mueble, ni cuadro, ni silla, ni nada que hiciera tener la sospecha de que allí dentro hacía un instante había visto todo un estallido de vida.

Al contrario, un fuerte olor a humedad, me hizo echar hacia atrás, y volví a cerrar la habitación de un solo golpe.

Todo estaba visto y hecho, allí dentro.

Todo estaba correcto. El pasado ya no existía, formaba parte de una energía que había dado como consecuencia mi presente. El poder de elegir ... Esta frase empezaba a rondar mis pensamientos desde hacía unos instantes.

La curiosidad comenzaba de nuevo a trabajar dentro de mí con una fuerza imparable; entonces, encontraría alguna cosa a las otras puertas? Qué habría detrás de cada una de ellas?

CAPÍTULO 4

La mano de nuevo se fue sola hacia el pomo de la siguiente, y en este caso, por inercia también y sin voluntad mía, fue a parar a la de la derecha.

Una cesta de tamaño mayorcita reposaba, como si estuviera esperando que una mano voluntariosa la alzara del suelo, al lado de la entrada; entendí que el hecho de que estuviera vacía, tal vez me estaba diciendo que algo faltaba o bien, alguna había que encontrar. Alzando los ojos descubrí de nuevo, un paisaje surrealista. Esta vez, un bosque de árboles desconocidos para mí, debido a mi ignorancia botánica, se extendían por la parte derecha de la habitación. Los colores clorofila de las hojas grandes, escondían lozanas unas ramas que caían con majestuosidad, como buscando la frescura de la tierra húmeda, y contrastaban con la luminosidad dorada que surgía de unos frutos, de formas redondeadas, como si de manzanas se trataran, pero de una luminiscencia tal, que parecía que todos los árboles estuvieran rebosar de bombillas llenas de luz y encendidas en medio de una noche oscura.

Por inercia total, y como si mi mente hubiera quedado fuera de aquella sala, luminosa por un lado y oscurecida por el otro, mis manos empezaron a atrapar aquellos frutos y a depositarlos dentro de la cesta, que curiosamente se fue encendiendo como si fuera una gran lámpara de sol, a medida que le iba colocando las bombillas / manzanas dentro. Era tan fácil, estaban tan al alcance, que daba la impresión de que todo ello lo había estado esperando siempre, como si estuviera hecho a mi medida, para mí, por qué yo, algún día, los fuera a recoger. Y cuanto más frutos recogía, más

colocaba en la cesta, y más cabían. Como si pudiera estar el resto de mi vida recogiendo manzanas / bombillas y no fueran a terminarse nunca, y tampoco se acabara el lugar donde ponerlas en la cesta. Era magia pura. Como en un cuento de hadas. Me sentía tan feliz que parecía que el corazón saldría de mi pecho, y en una explosión de emociones se fundiría con la luminosidad de los frutos que estaba recogiendo. De nuevo el sentimiento de familiaridad que últimamente me embarga, había surgido de dentro de mí y envolvía mis sentidos y mi cuerpo se movía entre aquel bosque mágico de hojas verdes y frutos dorados, como si bailara una danza que apenas me dejara tocar de pies en el suelo.

Hubiera podido estar así, en este estado, haciendo lo que hacía, no sé cuánto tiempo, o para siempre, no lo sé.

Pero algo hizo girar la cabeza, y puse los ojos a lo que estaba el lado izquierdo de la habitación-jardín.

La otra parte del habitáculo era totalmente diferente del lado donde había sido puesta mi atención hasta ese momento.

Me dirigí con la cesta llena de Luz, y colgada del brazo, hacia aquel lugar, donde precisamente la penumbra era lo que más me llamaba la atención en aquellos momentos. Al fondo, en la pared, había adosadas unas estanterías inmensas que se extendían desde arriba del techo de la habitación, hasta el suelo, en este lugar alicatado y frío. Y en los estantes, llenos de polvo, y más de una telaraña, infinitud de objetos de todas clases, tamaños y de colores indefinibles, debido a la cantidad de polvo que tenían.

Tazas, vasos, platos, libros, imágenes, cuadros, fotografías, muñecos

La sensación de bienestar, la amplitud de corazón, el sentimiento de felicidad, desapareció al momento, para dar paso a un malestar a la altura del estómago, que me hizo recordar, sensaciones realmente desagradables, angustiosas, pesadas, que últimamente en mi vida hacían acto de presencia día sí, día también, hasta convertir mi existencia en un vacío, que había conducido a mi persona hasta aquella casa de aquel bonito pueblo, en busca de la paz que no lograba encontrar.

Sabía desde el fondo de mis entrañas, que todo lo que estaba viendo en las estanterías, eran objetos que evocaban unas emociones que habían destruido mi armonía interior. Mi sombra.

Dependencias emocionales, miedos, rabias, sentimientos de carencia, sentido de culpabilidad, responsabilidades ajenas autoimpuestas, falta de credibilidad en mí misma, sensaciones de abandono y / o invisibilidad,

Tantas cosas que habían frenado mi expresión, mi creatividad; decisiones no tomadas, caídas en el baúl de "no puedo" o "no sé" o "no merezco" ...

Todo esto, ahora lo veía claro, me estaba hablando de mi presente.

Aquella estancia, mitad luz, mitad sombra; donde tanto podía recoger fácilmente frutos dorados, como recuerdos llenos de miedo y angustia, daban forma a la frase que al principio de mi experiencia con aquella puerta me había acompañado: El Poder de Elegir!

Todo mi presente estaba lleno de mi pasado. Y yo tenía toda la libertad de elegir que era lo que quería poner a en mi cesta.

Empecé a recoger también, algunos de los objetos de las estanterías de la parte de la sombra.

Se mezclaron con las manzanas / bombillas dentro de la cesta que llevaba colgada del brazo, como si se conocieran de siempre, con total naturalidad; de hecho,

formaban parte de la misma historia, de mí. Y todo lo vivido, todas las experiencias, habían hecho que yo estuviera en estos momentos, en esta habitación, en plena conciencia de que siempre y en todo momento tenemos el Poder, el Derecho, y la Obligación de Elegir, cómo queremos vivir nuestra Vida.

El Presente. Esta era la puerta de mi presente.

Hasta aquí había llegado y ahora decidía cómo quería continuar viviendo en este mundo; conociéndome y descubriéndome a mí misma, mis virtudes y talentos; mi capacidad intuitiva y creadora; mi fuerza y el coraje de mi Ser. O bien quería seguir viviendo como tantos años había hecho, atrapada en mi inconsciencia, bajo la sombra de los otros, de sus opiniones y creencias; desde sus parámetros y programas.

Haciendo del miedo, la barrera de toda voluntad de acción y el freno constante de mi camino por la vida.

Libre, esta era la palabra hecha emoción que en estos momentos me embarga.

Libertad de Ser!

Y con este sentimiento y el corazón inmensamente agradecido por todo lo que la magia de aquel lugar me estaba enseñando, salí de la habitación, no sin haber dejado la cesta, ahora llena de todas mis capacidades, experiencias, ilusiones y esperanzas, en el suelo del otro lado de la puerta, con la idea de llevarla junto al arroyo de mi jardín.

Ya no era necesario volver a abrir esa puerta para ver si también había cambiado lo que dentro había vivido. Ya lo sabía!

Sólo quedaba una puerta. ¡La de la izquierda!

¡No podía imaginar que más me reservaría el destino!

¿Qué más tenía que ver y / o escuchar?

¡Tantas emociones, tanta información, que aún no había tenido tiempo de integrar en absoluto dentro de mí!

Si había "viajado" al Pasado y el Presente, sólo quedaba el viaje al Futuro, no?

CAPÍTULO 5

El corazón empezaba de nuevo, su irrefrenable y acelerado latido, con la idea de que podría realmente entrever mi futuro. ¿Realmente esto sería posible? ¿Allí detrás de la tercera puerta, en ese rellano de una casa antigua, en medio de un pueblo moderno, podría encontrar las respuestas a mi futuro?

El camino hasta este instante de mi vida había sido largo, intenso, vivido. Inquieta por naturaleza, mi existencia era una constante búsqueda, un constante cambio, siempre expectante, sin permitirme un tiempo demasiado largo, en alguna zona de confort. En cuanto me sentía un poco instalada, una inquietud me roía el interior y tiraba de mi voluntad, haciendo mover todos los resortes de mi cerebro en la búsqueda de cosas nuevas, nuevas experiencias, nuevos lugares, nuevas relaciones. Era como si una fuerza imparable me arrastran por la vida sin contemplación y no me diera momentos de respiro, más que unos instantes para volver a coger aire, y volver a sumergirme de nuevo, en una nueva experiencia.

Miré la puerta intensamente, respirando tan profundamente como me fue posible, y con un solo impulso la abrí de par en par.

Una inmensa habitación, aparentemente vacía, y con una luminosidad estridente, apareció ante mis ojos, ahora tan atentos y con tanta expectación, que creía que saldrían disparados de mi cara.

Una luz blanca perfecta, que se dejaba sentir, incluido en la piel, ya que parecía que no sólo iluminaba la estancia, sino que la acariciaba y le irradiaba calor, expandiendo una paz infinitamente profunda, un silencio que se hacía música para el corazón, y una sensación de amplitud, como si de repente, mi cuerpo se hubiera expandido, ocupando toda la habitación y más allá.

Sentí no sólo como si todo estuviera perfecto, tal como estaba, sino que todo estuviera preparado para ser posible.

En ese "nada", estaba todo, ya que todo estaba para llenar, para hacer, para colocar, para escoger!

Entonces, alzando los ojos, me di cuenta, que del techo altísimo, bajaban, como si de lámparas colgantes se trataran, infinitas llaves doradas, y dejaban todo el techo iluminado de pequeñas y brillantes estrellas. Habían de todos los tamaños y formas, pero todas del mismo color y luminosidad!

Infinitud de llaves para infinidad de puertas!

Miles de caminos, cientos de paisajes, cientos de vivencias, millones de oportunidades. Y un solo destino: mi futuro! Lo que yo quisiera para mí! Y todo estaba perfecto!

Y de repente entendí que todo lo que siempre había estado buscando a través de mis caminos interminables e infinitos, estaba dentro de aquella habitación blanca y dorada! La certeza de que todo era posible!

De que yo era la creadora indiscutible de cada instante de mi existencia.

Que los caminos que la Vida me había puesto delante, eran posibilidades para experimentar desde el lugar donde yo quisiera hacerlo. Y así, a veces, había experimentado desde el dolor, otros desde el amor, la alegría, la separación, la rendición, la ira, la ternura y así, a través del programa de mi ego, de mi personalidad dominante y desconectada casi siempre de mi Ser auténtico, de mi Yo creador.

Coherencia! Ser yo misma, expresando en cada instante el interior de mi corazón. Viajando con la única maleta posible para la Libertad y la Paz, el Amor por mí misma. Supe en ese instante, que el pasado y el futuro no existen, o que forman parte de lo mismo, de mi presente. Que en cada instante vivo todo lo que tengo que vivir, sea consciente o no.

Por lo tanto, la diferencia sólo consiste en vivir con conciencia de momento o en conciencia de pasado o futuro. Y los resultados son totalmente diferentes.

Todos los bagajes de experiencias "pasadas", forman parte del presente de ese momento, y son el origen de mi experiencia de este instante. El futuro es un campo de posibilidades infinitas, todas reales y presentes en el momento que pongamos la atención y la voluntad de que así sea, haciendo la elección de forma consciente o no. Estaba en la habitación del Universo Cuántico!

En aquella estancia, todas las posibilidades eran. Todos los caminos estaban trazados. La forma de recorrerlos, la velocidad, los paisajes que nos encontraríamos, las personas con las que compartiríamos nuestro viaje

Yo, sólo tenía que elegir, y elegir como me quería sentir durante el trayecto, que quería experimentar.

El destino final siempre es el mismo; los caminos infinitamente diferentes.

Como un viaje en tren.

Estaciones, paradas, personas que suben y bajan. Algunas comparten con nosotros un corto trayecto, para no volver a verlos más; otros se quedan sentados a nuestro lado, compartiendo comida, largas conversaciones, incluido incursiones en diferentes estaciones, para descubrir juntos, nuevas ciudades y paisajes nuevos. Pero todos con un mensaje común, entre todos hacemos posible el gran viaje de la vida.

De repente me sentía agotada.

Como si toda la energía hubiera desaparecido del cuerpo y sólo la voluntad de no caer al suelo me mantuviera en pie junto a la tercera puerta.

Hice un paso atrás y la cerré. Todo estaba bien.

Sentía desde el corazón, que todo estaba experimentado en las tres puertas de mi casa.

CAPÍTULO 6

Cogí la cesta, que cuidadosamente había depositado en el pasillo cerca de la escalera y empecé a bajar los escalones con la sensación de que había vivido en unos minutos, cientos de existencias, miles de vidas, millones de momentos infinitos. El cansancio físico era tremendo, ya que apenas conseguía mantener en pie mi cuerpo y bajar las escaleras. Pero mi corazón, mi alma, flotaban en una ligereza etérea. Desaparecido todo desazón, todo dolor, toda inquietud, toda duda, todo miedo. Todo estaba bien, realmente, por primera vez en mi vida. ¡Y me sentía inmensamente feliz!

Los restos del desayuno, que frugalmente había hecho esta mañana, aunque parecía que habían pasado años infinitos, estaban sobre la mesa redonda, que ocupaba casi toda la estancia. Un zumo de naranja y unas galletas, comenzaron a dar de nuevo, fuerza a mis piernas y a mi cuerpo, que bien parecía un títere, al que le habían dejado solo un hilo para poder moverse.

Los pensamientos volaban sin freno en mi cabeza que en estado de shock intentaba poner orden a todo lo que había vivido, sólo en una hora, pero que parecía que había pasado toda una vida.

Mi mente, racionalizaba e intentaba entender todos los hechos. Pero no sabía cómo hacerlo.

Parecía todo tan irreal! Como si se tratara de otro mundo. Como si allá arriba, al final de las escaleras, aquellas tres puertas llevaran a una dimensión desconocida y muy lejana de la tierra conocida.

Pero por mucho que la pobre mente se esforzaba en poner orden y darle sentido a los acontecimientos, no le era posible. Parecía todo tan irreal, los paisajes, los colores, las formas. Pero lo que parecía más irreal de todo, curiosamente, era aquella certeza de que ahí dentro lo había entendido todo!

Todo, desde el inicio de los tiempos, había quedado claro en mi corazón. Como si se hubiera abierto una inmensa puerta (o tres), y todo el conocimiento, toda la sabiduría, hubiera brotado de allí dentro, y que sólo había estado esperando el momento de poder hacerlo.

Allí sentada en esa mesa redonda, mis pensamientos estaban descontrolados y entraban en pánico, por la falta de control que les suponía no entender nada, ya que

para ellos era todo desconocido; y en cambio, mi corazón o mi alma, o mi ser estaba en perfecta paz. Y una sonrisa se abrió paso en mi rostro, y no sólo llenaba la Mi cara, de oreja a oreja, sino que mis ojos quedaban inundados de una felicidad infinita.

Digo que parecía irreal. Por qué si algo me había quedado claro, era que todo aquello había sido muy real; al menos para mí. ¡Aquello era la realidad!.

Lo que no sabía aún era donde colocar este "mundo" donde había vivido hasta ahora; mi nueva casa preciosa en medio de un jardín exuberante; el arroyo que fluía sin parar, sin casi ruido, dejando que toda el agua navegara al ritmo que le marcaba la misma fuerza de la naturaleza; los árboles, el pueblo, donde la gente seguía con su "vida" de siempre, con sus compras diarias, las conversaciones, los encuentros, los trabajos; las relaciones que había dejado atrás; aquellos lugares donde había vivido hasta ahora, mis amigos, los conocidos, con los que hacía tiempo que no tenía contacto. Los animales de compañía que había ido dejando por el camino. Los trabajos que había hecho hasta ahora.

Y todo lo que había formado parte de mi "mundo" hasta ahora, y que precisamente era, lo que me parecía "irreal".

Por qué real era precisamente, o así lo sentía en la profundidad de mi ser, lo que había "vivido", dentro de las tres puertas de arriba.

No sé cuánto tiempo permanecí sentada allí en aquella mesa, en aquella estancia, donde la luz del sol iluminaba la habitación, de una forma tierna y cálida, y donde el canto de las golondrinas que volaban a una velocidad supersónica, en la búsqueda de alimentos para llevar a los nidos, donde habían dejado a sus hijos recién nacidos, acercaban un poco la sensación de lo que había vivido en la puerta del pasado, en medio de la creación de la naturaleza divina.

Mi mente por un lado, mi corazón por otra. Y así lo entendí perfectamente.

Formamos parte de un universo, del que tenemos totalmente desconocimiento.

Pero lo que sí podemos saber, y sentir, es que somos parte de este Universo, llenando un vehículo que es nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestras emociones.

Como si se tratara del tren de la vida. Nosotros los pasajeros; nuestro cuerpo (formado por la mente, las emociones, la envoltura física), la máquina y los vagones. Cuando conseguimos reconectar nuestro vehículo con nuestro universo, con lo que en verdad somos, es cuando hemos abierto las tres puertas.

En este momento me sentía la observadora de todo. No sólo de la estancia donde estaba sentada, de la mesa, de la ventana por la que entraba la Luz del sol, de los objetos que me rodeaban; sino observadora de mis pensamientos, de mi mente, que aún continuaba, con una carrera alocada, poner orden a toda la información visual y sensitiva que había experimentado la última hora.

CAPÍTULO 7

Pero no había manera; no podía colocar aquello que no le era conocido en absoluto. Y si no lo conocía, no lo podía controlar. Y si no podía llevar el control, desesperaba, porque ya intuía que dejaba de ser imprescindible, o sea, que era perfectamente sustituible y mortal. Y aquí empezaba mi nueva vida ahora.

Tenía que pasar de vivir, dejando, por ignorancia y desconexión que la locomotora y / o los vagones, dirigieran mi camino, a ser YO, el pasajero, que fuera con toda conciencia, el conductor de mi viaje por el Universo. El director de mi orquesta, de mi

obra de teatro, donde todas las representaciones formaran parte de una experiencia, que aún no sabía, pero no tenía importancia, si era un aprendizaje o un recordatorio de lo que ya sabía desde el origen de los tiempos.

Cada vez más la paz invadía todo mi cuerpo, mi espíritu; era una paz difícil de describir, ya que era todo al mismo tiempo; certeza, tranquilidad, alegría, emoción, plenitud, ser y no ser

Me levanté de mi estado de embriaguez, y llevé mi cuerpo hacia el jardín, ya que tenía un último "trabajo" que hacer, antes de dejar cerradas las puertas que me habían llevado hacia la sabiduría de mi ser. La cesta.

Me dirigí hacia el fondo de mi paraje particular, detrás de la casa, hacia el arroyo, con la cesta colgada del brazo, llena aún de todo lo que había recogido de mi bagaje personal, y que estaba en perfecta armonía mezclado, con todos los sueños, ilusiones y esperanzas que siempre me habían acompañado.

Cuando llegué junto a él, dejé la cesta en el suelo, y con una pala pequeña, empecé a hacer un agujero al lado del agua, lo suficientemente cerca para que todo aquello que quedara en la tierra, fuera regado constantemente por la fluidez y sabiduría del arroyo, y lo suficientemente lejos para que la firmeza de su decisión de permanecer en aquellas tierras fértiles, en aquel lugar, mágico, salido de un universo cuántico, no se viera arrastrado por una riada descontrolada e imprevisible.

Entonces, como si de un acto de psicomagia se tratara, y después de centrar toda mi atención, mi energía, la voluntad, en el centro de mi corazón, ahora en estado de paz infinita, mis manos empezaron a sacar de la canasta todo lo que, en la puerta del "pasado", habían recogido.

Bombillas luminosas en forma de pera, que en la luz del atardecer daban una sensación de lámparas colgadas del cielo, iluminando el jardín y dibujando en el agua un baile de luces indescriptiblemente embriagadoras!

Las tazas llenas de polvo, los platos, que en algún momento, seguro, habían servido para compartir en una mesa los frutos de la tierra y las semillas recolectadas, los libros, con sus hojas llenas de palabras que daban forma a las experiencias de sabiduría, de conocimientos, de conceptos, de ironías, de emociones, de aventuras, de sueños, de llantos y risas; las fotografías de viejos cuerpos ahora ya, inexistentes en mi presente, pero que en algún momento de mi carrera por la vida, habían formado parte intensa e imborrable de recuerdos, llenos de amor y desamor, de abrazos y desacuerdos, de ternura y rabias, de encuentros y adioses

Todo fue quedando dentro del agujero, en un sobrecogedor silencio de mi mente, y mi atención enfocada única y exclusivamente en lo que mis manos hacían en estos momentos.

Mover la energía de la intención, hacía que todo se cumpliera tal y como mi voluntad superior quería que fuera.

Dejaba enterrado en la tierra, origen de mi origen, madre de mi cuerpo, todo aquello, que había formado, que formaba y que formará parte de mi existencia, de mi realidad, de mi totalidad experimentada.

En mi presente cuántico, di las gracias eternas a todo lo que en mi "pasado" había dado forma y sustancia a mi momento de ahora. Todo había sido, estaba y estaría sincronizado para que mi viaje por el universo fuera una experiencia única, irrepetible, y eterna!

Di las gracias infinitas a mi "futuro", por toda la ilusión que acompañaba a mi ser, por las esperanzas que iluminarían cada día mi despertar, por todos los sueños, que

conducirían mis pasos a experimentar nuevas sensaciones, a descubrir nuevos mundos, a reencontrar almas hermanas que llenarían mi camino de amor y ternura. Por los pueblos, ciudades, casas, caminos y parajes por los que continuaría caminando, con la certeza ahora, de que yo era quien dirigía el sentido de mi existencia.

Cuando todo estuvo en el agujero, empecé a cubrirlo con la tierra algo húmeda del lado del agua.

Y con la intención bien definida y la total certeza de que era aquello lo que realmente quería hacer, cogí unas semillas, que previamente había recogido de la caseta del jardinero situada a la entrada de la puerta de la finca, y las fui dejando caer sobre toda mi existencia, ahora cubierta por la tierra húmeda y fertilizada por el agua del arroyo de mi jardín.

Allí quedaron todas mis experiencias de miedos, sufrimientos, dolores, recuerdos, encuentros, amores y vivencias; al mismo tiempo, quedaban también todas mis esperanzas, ilusiones, creaciones, proyectos

Y todo mezclado, formaban ya parte de todo lo que mi ser había venido a experimentar en este momento, en este lugar, en este instante del presente.

Aún no sabía, no recordaba, o no entendía, el porqué de mi "existencia".

Pero lo que sí me había quedado claro, con ese viaje a través de las puertas del tiempo, que la que decidía siempre como quería transitar mi experiencia, era sólo yo misma.

A partir de ahora, me sentiría siempre el conductor del tren, y el pasajero; el observador que vería como el tren continuaba su viaje por los caminos del mundo; en este pueblecito, o en el siguiente donde el viento me llevara; estaría siempre atenta a las señales de la vida, a los mensajes del camino, a las sincronicidades de los relojes mágicos, y sobre todo al lenguaje de mi corazón, que en forma de sentimientos, marcaría el camino perfecto, para cada instante de cada momento presente.

Esa noche, los sueños llenaron cada segundo de mi descanso.

Puertas, llaves, trenes, bombillas de colores, tierra, arroyos, personas que había conocido años atrás, y otros que todavía me eran desconocidas

Cuando desperté por la mañana, el sol estaba ya alto en el cielo, y las golondrinas, con sus chillidos, me hicieron consciente de que era hora del mediodía.

Increíblemente descansada y feliz, levanté mi cuerpo, que sentía rejuvenecido y ligero, y me dirigí hacia la parte exterior de la casa, y los pies indefectiblemente me condujeron hacia la entrada.

Desde allí la contemplé, ahora con unos ojos muy diferentes de cuando llegué hacía pocos días terrenales, pero que desde el corazón me daba la sensación de que habían pasado décadas enteras.

Las ventanas del último piso, donde estaban las puertas del "tiempo", lucían iluminadas por el sol que les daba de lleno; y como si me guiñaran un ojo, me hablaron de un antes y un después de aquella "hora" indescriptible, que había vivido dentro de su vientre mágico.

Ahora ya sabía que si no quería, no era necesario que me quedara en aquella casa, ni en aquel pueblo tan bonito.

Me quedaría mientras sintiera que aquello formaba parte de mi presente, y mientras el conductor de mi vida, no tuviera la urgencia de continuar hasta otra estación.

Y en su interior, en las entrañas de este pueblo de Girona, de su paisaje, de sus calles, de sus gentes, de sus casas, de sus puertas, había vivido la experiencia que marcaría todo el resto de mi vida; por qué aquí, me había reencontrado!
¡De momento, las puertas de mi presente estaban aquí, en el ahora!.